

do que vino á la conquista. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella accion, fué un horrible atentado. Si se supone por móvil la codicia, es un acto de escandaloso bandolerismo. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurreccion, es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja. Ante esta matanza, queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; inmotivado, injusto, impolitico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario; dió principio á esa larga série de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.

Entre la primera y la segunda entrada de Cortés en México, el desman de Alvarado habia cavado una profunda sima. Habia desaparecido la ilusion en los descendientes de Quetzalcoatl; aunque parecieron muchos al principio, bastaba para admitirles ser blancos y barbudos y venir por el Oriente; pero otros y muchos más llegaron en pos de los primeros, y no como hermanos, sino para calumniarse y combatirse. Las debilidades que mostraban sin embozo, sus malos instintos, sus inmoderados deseos de oro y de placeres, su amor por la guerra y la destruccion, no podian acreditarlos como dioses, ni ménos por los dioses pacíficos y justos, prometidos por el antiguo profeta. Ahora los indios de Cuba les informaban, en cuanto podian alcanzar, de la procedencia de aquellos conquistadores, de cómo se habian apoderado de las islas, en cuál manera se habian comportado con la poblacion indigena. No cabia la menor duda, aquellos seres brotados de las ondas del Océano no tenian nada de divino. Pero aún así, habian vivido en paz con ellos; pero abusando de su fuerza les habian tomado su riqueza, sus mujeres, su rey á quien habian afrentado, y no contentos con aquello dieron la muerte á cuanto grande y distinguido respetaba el pueblo. En adelante, sólo podia tener cabida la guerra sin cuartel.

CAPITULO X.

MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMATZIN.

Órdenes de Cortés para abrir el mercado.—Cuítlahuac puesto en libertad.—Principio de los combates.—Asalto al cuartel español.—Nuevos combates.—Motecuhzoma arenga á los guerreros.—Cuauhtemoc le dispara la primera flecha.—Heridas de monarca.—Los testugines ó tortugas.—Asalto al teocalli mayor.—Nuevas pláticas.—Determinase abandonar la ciudad.—Blas Botello el astrólogo.—Empeñada lucha en las puentes.—Muerte de Motecuhzoma Xocoyotzin, de Cacamatzin y de otros señores.

Iltecpatl 1520. El siguiente 25 de Junio amaneció la ciudad con aspecto amenazador; no acudieron los méxica con los víveres que ántes acostumbran dar, y la misma contratacion estaba suspendida, pues los mercaderes se habian abstenido de concurrir al *tianquiztli*. Cortés se habia pensado que su presencia sola bastaría para restablecer la paz, y aún por el camino se venta lisonjeando con sus nuevos compañeros de armas de mandar absolutamente en la tierra, así sobre Motecuhzoma, como sobre todos los pueblos; “y viendo que todo estaba al contrario de sus pensamientos, que “aún de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la “muchu gente de españoles que trata y muy triste y mohino.” En

aquella sazón llegaron dos principales nobles á rogar al general, de parte del monarca, tuviese á bien verle porque tenía necesidad de hablarle. D. Hernando respondió airado: "Vaya para perro, que aún tianguez no quiere hacer ni de comer nos manda dar." Oyendo semejante respuesta los capitanes Juan Velázquez de Leon, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila y Francisco de Lugo, observaron al general: "Señor, temple su ira; y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey destas tierras, que es tan bueno, que si por él no fuéramos muertos y nos habrían comido, é mire que hasta las hijas le han dado." Cortés recibió aquellas palabras cual si fueran reprimenda, replicando con desabrimiento: "¿Qué cumplimiento tengo yo de tener con un perro que se hacía con Narvaez secretamente, é ahora veis que aún de comer no nos dá?" Y dijeron nuestros capitanes: "Esto nos parece que debe hacer y es buen consejo." (1) Engreido D. Hernando con el triunfo perdió la antigua templanza; la próspera fortuna cambió de pronto su carácter, en aquellos críticos momentos faltóle la sagacidad acostumbrada.

Cortés respondió á los nobles dijese á su señor mandase inmediatamente abrir el *tianquiztli*; so pena de fieras amenazas: los mensajeros fueron á decirlo así á Motecuhzoma, relatándole la escena que habían presenciado y entendido. De todo recibió gran pesar el monarca, pues ya era patente el desprecio y el odio que sobre él pesaba. Para disculparse todavía mandó responder al general, que estando preso no podía dejar el cuartel; si quería ser obedecido soltase á alguno de los principales prisioneros, que lo fuesen á ordenar. Sabemos que presos en el cuartel, algunos en la "cadena gorda," existían los reyes de Tlacopan y de Texcoco, muchos de los principales sacerdotes, con los nobles de mayor cuenta. Caminando el general de error en error, dejó libre á Cuitlahuac, intimándole fuese á cumplimentar sus órdenes. (2)

Cuitlahuac, hermano de Motecuhzoma y señor de Itzapalapan, era el presunto heredero del trono de México: en la fuerza de la edad, valiente guerrero, tlacochealcatl en el ejército, diestro general, hábil político en su pueblo, unía al acendrado amor de la patria el aborrecimiento á los hombres blancos y barbudos. Como con-

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

sejero opinó siempre porque los teules no fuesen recibidos en la ciudad; tomó parte en los intentos de Cacamatzin contra los invasores; reducido á prisión como conspirador y peligroso, fué puesto en la "cadena gorda." Dejado en libertad para ordenar se abriese el mercado, los acontecimientos posteriores dan á entender que en lugar de cumplir el mandato, se puso inmediatamente al frente de los guerreros para comenzar la guerra: los méxica encontraban el jefe que les faltaba.

Después de misa salió á caballo Antonio del Rio, portador de una carta para el regimiento de la Vera-Cruz, en que el general comunicaba haber entrado en la ciudad y estar ya seguro. Media hora después tornó al cuartel huyendo, descalabrado y herido, dando voces de que los méxica se acercaban en son de guerra. Había llegado á la plaza del mercado en Tlaltelolco cuando los indios le comenzaron á dar grita y perseguir; acudiendo mayor número de asaltantes pudo abrirse paso con la espada, viniendo al alojamiento á dar la terrible nueva. Casi inmediatamente asomaron los guerreros por las avenidas de las calles, coronáronse las azoteas de tiradores, oyéronse los gritos de guerra, comenzando una espantosa pelea. (1)

A contener el primer ímpetu salió Diego de Ordaz con cuatrocientos peones, los más escopeteros y ballesteros, con algunos jinetes; no llegaron á la media calle sin ser embestidos por los escuadrones méxica, disparando flechas, varas arrojadas y piedras, mientras los de las azoteas descargaban una granizada de tiros. Desplegando la hueste todos sus esfuerzos no pudo adelantar un solo paso, hasta que muertos ocho hombres, heridos muchos, contando también al capitán Ordaz, se vió obligada á retraerse; pero envuelta y atacada igualmente por retaguardia, se abrió paso con lentitud y dificultad. A socorrerla salió D. Hernando por dos ó tres partes diversas; recibidas aquellas partidas con el mismo denuedo, herido Cortés así como algunos castellanos, todos tuvieron que refugiarse en la fortaleza para evitar su total pérdida. Intentaron desalojar los tiradores de las azoteas, quemando algunas casas; los méxica arrojados de un punto aparecían en otro, sin ser posible mantenerse contra ellos.

Al mismo tiempo combatían la fortaleza. La artillería había am-

(1) Cartas de Relac. pág. 133.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. VIII.

plios claros en los escuadrones indios; la saeta de la ballesta y la pelota del arcabúz daban de lleno en el blanco; pero los muertos desaparecían como el cuerpo grave que en las aguas se hunde, y la ondeante superficie de los penachos de los guerreros se unía y compacta se adelantaba siempre. Nada aprovechaban "nuestros tiros" y escopetas, ni ballestas ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, "ni nuestro buen pelear; que aunque les matábamos y heríamos muchos dellos, por las puntas de las picas y de las lanzas se nos metían; con todo esto cerraban sus escuadrones y no perdían punto de su buen pelear ni les podíamos apartar de nosotros." (1) Intentaron abrir brechas; sus débiles ingenios de guerra poco pudieron contra las sólidas paredes. Lograron poner fuego en unos cobertizos de madera y paja, poniendo en gran aprieto á los sitiados; mas estos atajaron el incendio echando tierra y derribando una parte del muro. Por el portillo abierto, sobre las llamas y las brasas, envueltos con el humo se precipitaron los méxica, acudieron á la defensa los blancos con copia de artillería, ballesteros y arcabuceros, faltando poco para que los asaltantes, "entraran á escala vista sin los poder resistir." (2) Rechazados, volvieron á la carga repetidas veces, hasta que la oscuridad puso término á la sangrienta pelea.

Pasaron la noche los blancos en reparar los portillos, fortalecer, los lugares flacos, curar más de ochenta heridos, tomar las disposiciones necesarias para la inmediata jornada. Durante las tinieblas no reinó tranquilidad completa: el zumbir de la piedra ó el silbar de la flecha avisaban la proximidad del enemigo, y alguna vez un guerrero atrevido, gritaba denuestos y desafíos al pié del muro.

El siguiente martes 26 de Junio, para escarmentar á los indios, determinó Cortés, dejando competente guarnición en la fortaleza, hacer muy temprano una salida general; mas cuando los castellanos salieron á las calles, ya los contrarios estaban con las armas en la mano. Los méxica combatieron, si posible, más rícidamente que en la jornada anterior; tanta era la multitud de combatientes, "que los artilleros no tenían necesidad de puntería, sino asestar en los escuadrones de los indios. Y puesto que el artillería hacía mucho

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(2) Cartas de Relac. pág. 134.

"daño, porque jugaban trece arcabuces, sin las escopetas y ballestas hacían tan poca mella, que ni parecía que lo sentían, porque donde llevaba el tiro diez ó doce hombres, se cerraba luego la gente que no parecía que hacía daño ninguno." (1) No obstante ser el ataque simultáneo y en diferentes direcciones, los guerreros méxica mantuvieron su reconocida nombradía, peleando con tanto denuedo que llamó la atención de los mismos blancos. Nada importaba derribarlos á cientos, "que tan enteros y con mayor vigor peleaban que al principio; y si algunas veces les íbamos ganando una poca de tierra ó parte de calle, y hacían que se retraían, era para que les siguiésemos, por apartarnos de nuestra fuerza y aposento, para dar más á su salvo en nosotros, creyendo que no volveríamos con las vidas á los aposentos; porque al retraernos hacían mucho mal." (2) Duró el combate en las calles todo el día, sin más fruto para los castellanos que haber quemado algunas casas; cansados, hambrientos, con gran trabajo y peligro lograron recojerse al cuartel, habiendo perdido doce hombres muertos y contado multitud de heridos. Los méxica los persiguieron hasta encerrarlos en la fortaleza, hartándolos de improperios.

Sentido el daño de pelear á cuerpo descubierto, ideó D. Hernando formar tres máquinas ó ingenios, llamados buros ó mantas. Consistían en un armazon fuerte de madera, cubierto de gruesos tablores, capaces de contener cada una de veinte á veinte y cinco hombres; tenían á los frentes troneras, saeteras y salidas, y sustentadas sobre ruedas los hombres abrigados en el interior, podían moverlas y dirigir las á su antojo. Fuera de las armas los encastillados iban provistos de picos, azadones y barras de hierro, para horadar los muros de las casas y destruir las albarradas levantadas por los indios en las calles. En fabricar las máquinas gastaron la noche del 26 y lo que pudieron del miércoles 27. (3)

Ocupados los españoles en hacer su labor, no salieron del cuartel el día 27; mas los méxica acudieron al asalto con su acostumbrada

(1) Cartas de Relac. pág. 135.

(2) Bernal Díaz cap. CXXVI.

(3) Cartas de relac. pág. 135. En el orden de los sucesos seguimos de preferencia la autoridad de Cortés, quien escribía á Carlos V solo cuatro meses después (20 de Octubre 1520), teniendo fresca la memoria de los hechos, mientras Bernal Díaz, formó su relato por reminiscencias después de algunos años.

furia. En despecho de los tiros de los sitiados avanzaron sin vacilar hasta los portillos de los muros; prometían á los sitiados acabar aquel día con ellos, ofreciendo sus corazones y sangre á los dioses, hartarse con sus brazos y piernas, mientras arrojarían el resto de los despojos á las fieras; peores y más sañosas amenazas dirijían á los aliados totóna y tlazcalteca. Los empujes, aunque siempre rechazados, se sucedían sin intermision; los asaltantes dispuestos por divisiones que sucesivamente acometían, tenían tiempo para descansar y comer, mientras los blancos se veían obligados á combatir sin tregua ni descanso. Cuitlahuac al frente de los guerreros conducía los asaltos, introduciendo en la manera de pelear cuantas modificaciones le iba sugiriendo la experiencia.

Una de las divisiones llegadas de fresco apretó tanto en la pelea, que el mismo D. Hernando, intrépido y sereno en el combate, se creyó en peligro; para conjurarle, recordando que la presencia de Motecuhzoma había puesto punto á la guerra cuando lo de Alvarado, no obstante lo muy mal que había tratado al monarca prisionero, ocurrióle tocar aquel mismo medio para terminar el conflicto. “Y viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea, y les dijese que cesasen las guerras y que nos queríamos ir de su ciudad; y cuando el gran Montezuma se lo fueron á decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: “¿qué quiere de mí ya Malinche? Quo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.” Y “no quiso venir; y dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír á él ni á sus falsas palabras ni promesas ni mentiras; y fué el padre de la Merced y Cristobal de Oli, y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas. Y díjoles el Montezuma: “Yo tengo creído que no aprovechará cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor, y han propuesto de no os dejar salir de aquí con la vida; y así, creo que todos vosotros habeis de morir en esta ciudad.” (1)

No obstante la repulsa, urgido Motecuhzoma revistióse de las insignias reales, subió á la azotea y se adelantó hasta el pretil; acompañábanle dos rodeleros para defenderle de los tiros y Marina para entender la plática. A la vista del emperador los guerreros soltaron

(1) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

las armas, prosternáronse pegando el rostro contra el suelo, cerraron los ojos y guardaron profundo silencio. Alzó la voz Motecuhzoma diciendo gravemente: No estoy preso entre los blancos, vivo entre ellos de mi voluntad y puedo dejar el palacio é irme con vosotros cuando bien me plazca; cesad de combatir, ninguna razon teneis para pelear; los teules prometen dejar la ciudad y con ello quedaremos todos satisfechos. Semejantes palabras tibias y mal escojidas, dictadas por el miedo, mentirosas, pues estaban contradichas por los hechos, no produjeron el efecto deseado. “Y apenas había acabado, cuando un animoso capitán, llamado Quauhitemoc, de edad de diez y ocho años, que ya le querían elegir por rey, dijo en alta voz: ¿Qué es lo que dice ese bellaco de Motecuzuma, mujer de los españoles? Que tal se puede llamar, pues con ánimo mujeril se entregó á ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto á todos en este trabajo; no le queremos obedecer, porque ya no es nuestro rey, y como á vil hombre le hemos de dar el castigo y pago.” En diciendo esto alzó el brazo y enarcando hacia él disparóle muchas flechas, lo mismo hizo todo el ejército.” (1) Los méxicá estaban acostumbrados al más tiránico despotismo; Motecuhzoma no sólo era visto como rey, sino como una divinidad; ninguno se le atreviera, á no ser una persona muy principal, constituida en superior autoridad, con las inmunidades y prerogativas de la sangre real. A ejemplo del caudillo, los guerreros dejaron la humilde postura, pusieron en pié empuñando las depuestas armas, y alzando un inmenso vocerío dispararon una granizada de piedras y de saetas. Siendo tan copiosos los tiros, los guardas no supieron arrodelar al monarca, quien recibió una pedrada en la sien y dos heridas en pierna y brazo: al golpe se derribó bañado en la propia sangre. (2)

(1) Códice Ramírez. MS.—Sigue esta autoridad Acosta, Hist. nat. y moral de las Indias, lib. VII, cap. XXVI.—Confírmalo el texto mexicano de los Anales Toltecachichimecas, n.º 5 de la Colec. Ramírez, diciendo, aunque trastornando el año: “I acatl 1519. En este año llegaron los españoles cuando Cuauhtemotzin le tiró con piedra á Moteuczoma, por lo que murió éste y fué bautizado con sangre.”—Prescott, Hist. de la Conq. tom. 2, pág. 15, nota, cita á Acosta.—Clavijero, tom. 2, pág. 99, nota, escribe: “El P. Acosta dice que el mexicano que dirigió aquellas injurias al rey fué Cuauhtemotzin su sobrino, y despues último rey de México; pero yo no lo creo.” No alega razon ninguna, fuera de su propia incredulidad, de ningún peso en el presente caso.

(2) Carta de Relac. pág. 136.—Bernal Díaz, cap. CXXVI.—Gomara, crón. cap. CXXII, aventura la idea improbable de que los méxicá no vieron á Motecuhzoma.

Retirado de la azotea el maltrecho monarca, fué conducido á su cámara. La herida en verdad no era grave y la postracion del rey no dimanaba de los dolores físicos, sino de los sufrimientos morales. Por supersticioso y cobarde se había entregado á los hijos de Quetzalcoatl, sacrificándoles su dignidad y hasta su honra. El tiempo, los acontecimientos, la intimidad con los hombres blancos y barbudos, hicieron disipar la ilusion; los teules eran simplemente hombres, que le pagaban su amistad y sus favores con desprecios y afrentas. Quedábale el respeto de sus súbditos, que acababa de desvanecerse en aquel trance. De la encumbrada posicion de emperador absoluto, de sumo sacerdote, de dios, bajaba hasta la condicion de un triste prisionero, escarnecido por sus carceleros, beñado é injuriado por el pueblo que sacudía su autoridad, depuesto de su trono, maltratado y herido por la plebe delante de nobles, sacerdotes y guerreros. Con razon arrancaba despechado, segun dicen, los vendajes que á las heridas le ponían, y taciturno y ensimismado se negaba á tomar alimento ó recibir consuelo. Algun autor español pinta á Cortés solícito y cuidadoso á la cabecera del enfermo, recibiendo de sus lábios confidencias y encargos acerca de su familia. (1) Nada autoriza semejante invencion. D. Hernando no tenía tiempo libre con los cuidados de la guerra, y por el testimonio de los testigos presenciales consta, que al tornar á México rompió del todo su aparente amistad, mostrándose desagradecido, descortés y áun enemigo del cautivo rey. (2) El desdichado pasaba su lenta y angus-

por tenerle cubierto los rodeleros. Entónces ¿cómo pudo hablarles?—Oviedo, Hist. general lib. XXXIII, cap. XIII.—Segun Juan Cano contó á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV; "Motezuma murió de una pedrada que los de fuera tiraron, lo cual no se hiciera si delante del no se pusiera un rodeleros, porque como le vieran, ninguno tirara." Esta relacion contradice el mismo Oviedo, lib. XXXIII cap. XLVII, siguiendo la autoridad de Pedro de Alvarado con quien habló.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. LXX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcala, MS. Ixtlilxochitl, Hist. Chichim. cap. 88. MS. &

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.—Torquemada, lib. IV, cap. LXX.

(2) A lo que acabamos de estampar se nos puede oponer el documento intitulado, "Privilegio de Doña Isabel Motezuma, hija del gran Motezuma, último rey indio del gran reino y cibdad de México, que bautizada y siendo cristiana casó con Alonso de Grado, natural de la villa de Alcántara, hidalgo y criado de S. M. que había servido y servía en muchos oficios en aquel reino."—Esta concesion del pueblo de Tlaxcala con algunos otros lugares, por vía de dote, fué otorgada por D. Hernando en

tiosa enfermedad confinado en su lecho, atendido por algunos de su familia y los pocos servidores que le quedaron despues de la catástrofe.

El funesto incidente no fué parte á contener la batalla; los asaltos duraron cuanto el día. (1) Al decir de D. Hernando, algunos nobles se acercaron pidiendo hablarle; salió al pretil y se entabló plática: "rogádoles que no peleasen conmigo, pues ninguna razon para ello tenían, é que mirasen las buenas obras que de mí habían recibido, y como habían sido muy bien tratados de mí. La respuesta suya era que me fuese, y que les dejase la tierra, y que luego dejarían la guerra; y que de otra manera que creyese que habían de morir todos, ó dar fin de nosotros. Lo cual, segun pareció, hacían porque yo me saliese de la fortaleza, para me tomar á su placer al salir de la ciudad, entre las puentes. É yo les respondí, que no pensasen que les rogaba con la paz por temor que les tenía, sino porque me pesaba del daño que les hacía, y les había de hacer, é por no destruir tan buena ciudad como aquella: é todavía respondían, que no cesarían de me dar guerra hasta que saltase de la ciudad." (2)

27 dias de Junio 1526 (aniversario por cierto de la herida del monarca); en ella entre otras cosas se lee, que el herido monarca le hizo llamar para recordarle cuán bien había servido á la causa de los castellanos, "y que si él de aquella herida fallecía, que me rogaba y encargaba muy afectuosamente, que habiendo respeto á lo mucho que me quería y deseaba complacer, tuviese por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenía, y que las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocía que era muy buena; á las cuales despues que yo gané esta dicha cibdad, hice luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legitima heredera, Doña Isabel, y las otras dos Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar muy ahincadamente, que si él muriese, que mirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba y que partiése con ellas de lo que tenía, porque no quedasen perdidas, especialmente á la mayor, que ésta quería él mucho." &c. (Veáse Prescott, tom. 2, pág. 467 y sig.)—El Sr. D. José Fernando Ramírez, en su luminosa disertacion, Bautismo de Moteuhzoma II, tom. 10, del Boletín de la Soc. de Geogr. y Estad. pág. 357 y sig. tie

(1) Prescott, tom. 2, pág. 15, dice, que aterrados los méxica por el sacrilegio cometido, se pusieron á huir en todas direcciones. Hay pruebas de lo contrario.

(2) Cartas de Relac. pág. 136—37. Se infiere de las palabras de Cortés, que quienes demandaban la paz eran los castellanos. Así lo dice expresamente Bernal Díaz, cap. CXXVI.—"Volvamos á nuestra plática, que fué acordado de demandalles paces para salir de México."

El juéves 28 de Junio, terminados los ingenios, llamados en términos de la milicia antigua, *testugines* ó *tortugas*, fueron empujados fuera del cuartel y sacados en direccion de la calle de Tlacopan. Infírese de las operaciones de Cortés, que su principal intento consistía en allanar una de las salidas de la ciudad para ponerse en comunicacion con la tierra firme. El rumbo más natural para dirigirse á Tlaxcalla era el de la calzada del Norte; pero por ahí había que atravesar una parte de Tenochtitlan y el Tlatelolco, lo cual ofrecía serias dificultades, por la calle de Itztapalapan, los obstáculos eran también muchos y además era preciso atravesar una gran distancia en el lago por sobre las calzadas llenas de cortaduras. Quedaba como más practicable la calle de Tlacopan, pues la ciudad por ahí era estrecha y la calzada era la menor entre todas, dando pronto acceso á la tierra firme. Las máquinas, llenas de sus defensores, iban seguidas de cuatro cañones, de buena suma de escopeteros y ballesteros y más de tres mil de los aliados tlaxcalteca. Siguieron su camino las tortugas, poniendo no pequeña admiracion en los indios, quienes por primera vez las veían, hasta llegar á una fuente defendida por fuertes edificios; arrojáronlas á los muros pa-

ne demostrado que los considerandos de esta merced de tierras son enteramente falsos, y una de tantas ficciones de Cortés para el logro de sus fines. Y escribe á la pág. 374: "¿Mas cuál, se preguntará, podía ser su interés en esta ficcion? La respuesta no es difícil. La han adelantado con numerosas ampliaciones y ejemplos todos los testigos examinados en el proceso de su readidencia, respondiendo al primero de los capítulos secretos. Bernal Díaz mismo nos ministra datos bien claros.—Alonso de Grado se había manifestado muy desafecto á Cortés, hasta el grado de hacer sospechosa su fidelidad, por lo que fué destituido del mando militar de Veracruz y reducido á estrecha prision"—"mas como era muy plático y hombre de muchos medios, "hizo grandes ofrecimientos á Cortés, que le era muy servidor y luego le soltó, y "aun desde allí adelante se le vió que *siempre privaba con él..... y con importunaciones que tuvo con Cortés, le casó con Doña Isabel*, hija de Montezuma," (B. Díaz, cap. 97 y 205.)—Además, al tiempo del matrimonio era *Visitador general de indios*, empleo en que podía ser muy útil á su favorecedor para dar ó no quitar.—En cuanto á la desgraciada huérfana..... baste recordar que los contemporáneos la enumeraban entre las personas que formaban el numeroso serrallo del conquistador; que éste se mostró siempre bastante generoso para obsequiar á sus compañeros de armas con sus desperdicios y ellos suficientemente dóciles para aceptarlos con agradecimiento.—Una dote más ó menos rica limpiaba la mancha, y para darla tan cuantiosa á Doña Isabel y hacerla confirmar por el rey, era indispensable el romance que sirve de fundamento á la merced.—Esta deducion parecerá acerba; mas no dan otra los monumentos históricos."

ra abrir brechas, y pusieron las escalas prevenidas para asaltar las azoteas. Acudieron á la defensa los méxica con su acostumbrada bizarría, cargando en tanto número que rechazaron á los asaltantes, cerrando luego contra escopeteros, ballesteros y aliados, adivinando la manera de combatir los testugines, tantas piedras pesadas desde las azoteas les arrojaron encima, que lograron al cabo desbaratarlas, hiriendo y matando á los defensores que al descubierto quedaron. Tan porfiada fué la resistencia que "sin les poder ganar un paso, "aunque puñábamos mucho por ello, porque peleamos desde la mañana hasta el medio día, que nos volvimos con harta tristeza á la "fortaleza." (1) Durante el ataque, se puso en práctica incendiar los edificios, con objeto de quitar á los defensores aquellos lugares altos en que abrigarse; mas aquel día el efecto fué poco, porque siendo los casas de materiales fuertes y estando separadas por los canales ó acequias, tardaban mucho en consumirse y no se propagaba el fuego de una á otra. (2)

Perseguidos los castellanos en la retirada, los méxica llegaron hasta las puertas del cuartel, y si no lograron penetrar al interior, pudieron al ménos derribar una parte de los muros, con daño de los sitiados. Durante aquellos reencuentros, se veía á los capitanes en las primeras filas, animando á los guerreros, distinguiéndose entre todos uno muy galan á quien todos obedecían; Cortés mandó á Marina fuése á preguntar á Motecuhzomá, quién era el apuesto general, á lo cual respondió el monarca, haber reconocido á Cuiclahuac, señor de Itztapalapan, á quien seguía un señor de Texcoco. (3) Los guerreros azteca iban modificando su táctica, segun les aconsejaba la experiencia; defendíanse de la artillería arrimándose á las paredes de las calles, tirándose al suelo al ver poner fuego al cañon ó con otros artificios; en las acometidas de la caballería en las calles, los perseguidos se arrojaban á los canales, desde donde herían á caballos y jinetes con largas lanzas armadas de prolongados pedernales. (4) La configuracion topográfica de la ciudad nos dice, que mientras los castellanos se veían obligados á seguir la calle fir-

(1) Cartas de Relac. pág. 137.

(2) Bernal Díaz, cap. CXXVI.

(3) Herrera, déc. II, lib. X, cap. X.

(4) Bernal Díaz, cap. CXXVI.